

solo puede caber en un entendimiento poco dedicado á pensar sobre la decadencia del cristianismo y los medios de restaurarle. Creer que esta doctrina no sea de las más útiles, de las más necesarias de cuantas se os puedan explicar, solo podrá decirlo quien ignore la estrechísima obligación que todos tenemos de entablar y seguir una vida verdaderamente cristiana, y que éste es el medio mas indefectible para lograrla; por cuya omision hasta ahora habeis desarraigado tan pocos vicios de vuestra alma y practicado tan tibiamente las virtudes. Dios nuestro Señor os conceda con abundancia su divina gracia, para que experimenteis las grandes utilidades que resultan de tener un buen padre espiritual. Amen.

DISCORDIA.

Non est dissensionis Deus, sed pacis.
Dios no es autor de la discordia, sino de paz.
(I COR. XIV, 33.)

Nuestra época está constantemente amenazada de una peste moral, mil veces más funesta que la física. Hablamos de la discordia. Estamos presenciando el desplome de los edificios construidos con mejores condiciones de estabilidad, llega á nuestros oidos el rumor de próximas ó lejanas tempestades que amenazan á la sociedad: estamos temiendo por el porvenir de la civilizacion creada á fuerza de tanta perseverancia: estamos observando, por último, que cada hombre tiene un habla distinta, cada pueblo un diferente interés, cada gobierno un particular programa: *Omne regnum divisum contra se, desolabitur; et omnis civitas, vel domus divisa contra se, non stabit.* Todo reino, dice Jesucristo, dividido en facciones contrarias, será desolado; y cualquiera ciudad, ó casa dividida en bandos, no subsistirá (MATTH. XII, 25). La discordia, pues, nos conduce á la perdicion. ¿Y qué ha de hacer, en vista de esto, el sacerdote, ministro de un Dios, que, como dice el Apóstol, no es Dios de disensiones, sino de

paz? Debe clamar para apartar de la discordia y de sus caminos á los que ve en peligro de extraviarse y perderse: debe inculcar en el ánimo de todos los fieles, cualquiera que sea su categoría, el horror á la discordia, y el amor á la union sincera de los que, por tantos títulos, son hermanos. Ved aquí lo que me he propuesto manifestar en el presente discurso. Para inspiraros horror á la discordia, que es un camino de inevitable perdicion, lo mismo en el orden individual, que en el orden general ó público, voy á exponeros sus estragos. De ellos podreis deducir, que la discordia es el mayor mal para la Iglesia, y para la sociedad. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Jesucristo no descendió de los cielos, no tomó carne humana en el seno de una Virgen, ni derramó su sangre preciosa en una cruz, sino para hacer de todos los pueblos uno solo, sin diferencia de climas y de estados, para derribar las murallas que separaban entre sí á los hombres, y para identificarlos consigo, como el Hijo divino es una misma sustancia con su eterno Padre. Escuchad las palabras que le dirige en los últimos momentos de su vida. «¡Padre mio!... Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado entresacados del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra... Por ellos ruego yo ahora... Yo bien pronto dejaré el mundo, pero éstos quedan en el mundo. ¡Padre Santísimo! guarda en tu nombre á los que me has dado: á fin de que sean una misma cosa por la caridad, como nosotros lo somos en la naturaleza... Pero no ruego solamente por éstos, sino tambien por aquellos que han de creer en mí, por medio de su predicacion. Ruego que todos sean una misma cosa, y que como tú, Padre mio, estás en mí, y yo en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por union de amor (JOAN, XVIII).»

El pecado original habia introducido la discordia en la tierra, y el empeño del demonio fué, y es siempre, perpetuarla en el mundo, para lograr la perdicion de los hombres. La obra de Jesucristo tenia que ser el restablecimiento de la concordia, y lo fué. Todas las palabras del Salvador, todos los milagros que obró, tienden á que reine entre nosotros la concordia y la caridad, que es el vínculo de la perfeccion y el complemento de toda ley. Bien puede el hombre hablar hasta con lengua de ángeles, mover los montes con su fé, hacer su cuerpo objeto de las más duras mortificaciones, y entregar todas sus riquezas á los necesitados; miéntras no reine en su corazon la caridad, no es verdadero discípulo de Jesucristo, no le aprovecharán las obras exterior-

res, aunque sean milagros y grandes actos de mortificación y de penitencia. Al contrario, la caridad cubre todos los pecados ó los evita. Así, pues, los que siembran discordias entre los fieles, por lo mismo que destruyen la caridad, trabajan por destruir la obra de Jesucristo, y por perder las almas redimidas con su sangre preciosa. Por eso el Espíritu Santo nos dice, que Dios los aborrece con toda su alma. «Seis cosas aborrece el Señor, son palabras del libro de los Proverbios, cap. VI; seis cosas aborrece el Señor: los ojos altivos, la lengua dada á la mentira, las manos que derraman la sangre inocente, el corazón que maquina perversos designios, los piés que andan tras el mal, y el testigo falso que se forja calumnias. Pero sobre estas seis cosas hay otra, que el Señor la detesta con toda su alma, que no la puede sufrir; y ¿sabeis cuál es? La conducta del que se ocupa en sembrar discordias entre hermanos. No podía expresarse con mayor energía la gravedad de la culpa que cometen los promovedores de la discordia. Las seis cosas las abomina el Señor; pero la séptima, la aborrece su alma, esto es, la detesta Dios con toda la fuerza de su indignación. Los promovedores de discordias, rompiendo entre los fieles los vínculos de la caridad, no solo aumentan el número de los pecadores, sino que quitan á las acciones buenas y heroicas el mérito sobrenatural que, en otro caso, tendrían. ¿Cómo, pues, no ha de aborrecerlos Dios con toda su alma? Los que introducen discordias son otras tantas serpientes que, como instrumentos del demonio, vienen á turbar la paz en el paraíso de la Iglesia. ¿Cómo no ha de odiarlos el Señor con toda su alma?

Los que alteran la concordia entre los fieles, son lobos que dispersan las ovejas, para poder arrebatárselas con mayor seguridad al supremo Pastor divino. ¿Cómo no ha de maldecirlos Dios con toda su alma? Nunca corren las ovejas mayor peligro de ser devoradas por el lobo, que cuando andan dispersas y errantes, porque entónces, ni el pastor, ni los perros pueden atender á la defensa de cada oveja en particular. Por esto lo primero que hace el lobo es dispersar el rebaño para asegurarse sus víctimas. Verificada la dispersion, está ya consumada la ruina.

Lo propio sucede en el orden espiritual: los fieles por la discordia, se dispersan. Nadie ignora que para cumplir debidamente la ley de Jesucristo, que es la caridad, es preciso que soportemos mutuamente las respectivas cargas que nos afligen y abrumen, y no podemos cumplir este deber, si la discordia nos separa y enemista. Dareis mucho fruto, dice el Salvador, cuando por la caridad permanezcais en mí, y yo en vosotros. Romped con las discordias la caridad, y ya, se-

parados del Salvador, nada podreis hacer que os sirvá de mérito para la vida eterna. ¿Cómo, pues, no ha de aborrecer Dios con toda su alma á los que procuran fomentar la discordia?

2. Pero pasemos ya á considerar los males que la discordia causa en los estados. Sabido es, que las naciones no nacen, ni crecen, ni prosperan sino á impulsos de una idea ó de un interés comun, que es el origen de su vida y de su engrandecimiento. Así como la vida del hombre está esencialmente identificada con su propia alma, así tambien la conservacion y prosperidad de las naciones se hallan inseparablemente unidas á la concordia, que las dá la mayor robustez y fuerza. Si las doctrinas ó los intereses llegan á introducir la discordia entre los ciudadanos, ya podeis considerar como inevitable la ruina de aquel pueblo. La concordia, dice Salustio, hace que crezcan y prosperen hasta las cosas mas pequeñas, y, por el contrario, la discordia hace que se destruyan hasta las mas grandes. La idea de sociedad es incompatible con el aislamiento, aún cuando éste sea pacífico; ¿cuánto más si el aislamiento fuese hostil? Pues bien; cuando la discordia penetra en el seno de una nacion, el individuo se constituye en un aislamiento hostil, vive en un estado de combate, y la sociedad se destruye. Hay otros males en los pueblos que, si bien afectan á su bienestar y turben por algun tiempo la paz entre sus habitantes, dejan todavía salvo el principio de su vida, que es la unidad, fundamento de la concordia, y la concordia que es salvaguardia de la unidad. Para las guerras que se encienden, para las crisis que se presentan, para las calamidades que sobrevienen, en una palabra, para todo hay remedio, miéntras los pueblos vivan en concordia y sean fuertes por la union; pero si quitais la concordia, hija de la caridad, que nos une á Dios y á nuestros prójimos, todos los intereses se resienten, el comercio se paraliza, la industria desaparece, las familias se destruyen, las costumbres se corrompen, el que gobierna se halla imposibilitado de gobernar, el que dirige no puede dirigir, el necesitado no encuentra socorro, y la sociedad corre á su ruina.

Por lo mismo, no hay anatemas con que condenar suficientemente á los que propalan ideas ó doctrinas de que pueden originarse motivos de discordia. No pueden leerse sin experimentar un profundo terror, las amenazas que hace Dios á los que por este camino sirven al demonio. El malo, dice el Espíritu Santo, anda siempre armando pendencias; pero el ángel cruel será enviado contra él para castigarle: *Semper jurgia querit malus: angelus autem crudelis mittetur contra eum* (Prov. xvii, 11). El ángel cruel, ó sea, el ángel exterminador, ministro implacable de las venganzas de Dios, descargará

su espada sobre los que fomentan la discordia. Explicando Jesucristo la parábola de la cizaña sembrada en su campo, dice (MATTH. XIII, 41): que en la consumacion del siglo enviará sus ángeles, para que quiten del reino y echen al fuego eterno á todos los escandalosos, esto es, á cuantos obran la maldad, entre los cuales deben contarse los que promueven discordias. Muchos querrán entónces borrar con sus lágrimas lo que habrán escrito contra las verdaderas creencias, que son el fundamento de la concordia; muchos querrán poder despedazar con sus dientes las páginas que han manchado con ideas ó narraciones inmorales; muchos querrán haber trabajado en el restablecimiento de la concordia, que perturbaron con sus palabras; pero entónces no se permitirá llorar sino en el mismo infierno. ¡Cuántos desearán entónces llenar con sus lágrimas el abismo, que abrieron entre hombre y hombre, y entre pueblos y pueblos! ¡cuántos querrán entónces remover las montañas que han interpuesto entre individuo é individuo, entre familias y familias! Vanos deseos! entónces no se permitirá ya mas que el llanto y el crujir de dientes de los desesperados.

Huyamos, pues, de la discordia, cortémosla en su origen, remediémosla en sus efectos. Con ella, dice S. Agustin, nada bendice Dios. La ley de Dios nos manda, que nos amemos reciprocamente; todo en la verdadera religion respira amor y concordia; amémonos, pues, y de este modo reinará entre nosotros la concordia, disfrutaremos aquí de paz, y despues alcanzaremos la gloria.

¡Salvador amabilísimo, que descendisteis del cielo para restablecer, á costa de inauditos prodigios, la paz y la concordia entre los hombres! haced que reine entre nosotros la caridad, y que por ella nos identifiquemos todos con vos, así como vos sois una misma cosa con vuestro eterno Padre por identidad de naturaleza; para que de este modo demos mucho fruto, seamos verdaderos discípulos vuestros, y merezcamos la gloria eterna. Amen.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

DISCORDIA.—Es preciso que seamos maliciosos ó imprudentes para suscitarla.

Es preciso que seamos cobardes y pérfidos para conservarla.

Es preciso que seamos prudentes y caritativos para ponerle término.

DISCORDIA ENTRE LOS MALOS.—Es un castigo que Dios les impone.

Es el medio de que á veces se sirve Dios para convertirlos.

DISCORDIA ENTRE LOS RELIGIOSOS.—Les impide vivir con regularidad.

Les pone en peligro de ser sacrilegos.

Les hace perder su buena reputacion.

DISCORDIA ENTRE PERSONAS HONRADAS.—Es lo que más desagrada á Dios.

Es lo que introduce mayor confusion en la Iglesia.

Es lo que el infierno excita con mayor empeño.

DISCORDIA ENTRE LOS ECLESIAÍSTICOS.—Ataja el progreso de la verdad.

Abre paso al libertinaje.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dixit Abraham ad Lot: ne quæso sit jurgium inter me et te, et inter pastores meos, et pastores tuos; fratres enim sumus. Genes. XIII, 8.

Dijo Abrahan á Lot: ruégote que no haya disputas entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos; pues somos hermanos.

Sex sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus: eum qui seminatur inter fratres discordias. Prov. VI, 16, 19.

Seis son las cosas que abomina el Señor, y otra además le es detestable... el que siembra discordia entre hermanos.

Inter superbos semper jurgia sunt. Idem XIII, 10.

Entre los soberbios hay continuas reyertas.

Homo perversus suscitatur lites. Idem XVI, 28.

Suscita pleitos el hombre perverso.

Honor est homini, qui separat se à contentionibus. Idem XX, 3.

Es honor del hombre el huir de contiendas.

Ne litiges cum homine potente, ne forte incidas in manus illius. Eccli. VIII, 1.

No te pongas á pleitear con un hombre poderoso, no sea que caigas en sus manos.

Abstine te à lite, et minues peccata. Idem XXVIII, 10.

Abstente de litigios, y ahorrarás pecados.

Qui vult tecum judicio contendere, et tunicam tuam tollere, dimitte ei et pallium. Matth. V, 40.

Al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa.

Omne regnum divisum contra se desolabitur; et omnis civitas, vel domus divisa contra se non stabit. Idem XII, 25.

Rogo vos, fratres, ut observetis eos, qui dissensiones et offencula, præter doctrinam quam didicistis, faciunt, et declinate ab illis. Rom. XVI, 17.

Non est dissensionis Deus, sed pacis, sicut in omnibus ecclesiis sanctorum doceo. I Corinth. XIV, 33.

Cum sit inter vos zelus et contentio, nonne carnales estis? I Cor. III, 3.

Servum Domini non oportet litigare. II Tim. II, 24.

Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado; y cualquiera ciudad ó casa dividida en bandos, no subsistirá.

Os ruego, hermanos, que os recateis de aquellos, que causan entre vosotros disensiones y escándalos, enseñando contra la doctrina que vosotros habeis aprendido; y evitad su compañía.

Dios no es autor de desórden, sino de paz; y esto es lo que yo enseño en todas las iglesias de los santos.

Habiendo entre vosotros celos y discordias, ¿no es claro que sois carnales?

Al siervo de Dios no le conviene ó cae bien el altercar.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Colocados por Dios en el mundo para vivir en sociedad, de ningún vicio debemos apartarnos con tanto empeño como de la discordia, que desata los dulces lazos de la vida social. Así nos lo enseñó Abraham con su conducta. Habiéndose suscitado una gran riña entre sus pastores y los de Lot su sobrino, por los copiosos pastos que necesitaban los ganados de uno y otro, Abraham prefirió separarse con sentimiento de su amado sobrino, por conservar con él á todo trance la paz y buena armonía. (GENES. XIII).

Léase el capítulo XXVI del Génesis, en donde no podemos menos de admirar el ánimo pacífico de Isaac, que por el bien de la paz y para evitar la menor disension, no solo se retira de Gerara al pedírselo no muy cortesanamente Abimelech, sino que tambien cede á sus émulo los pozos abundantes que habian abierto sus pastores con mucho trabajo.

No es ménos digna de nuestra admiracion é imitacion la conducta de Jacob, el cual sabiendo que su hermano estaba vivamente irritado contra él, y que le buscaba para darle la muerte, lejos de provocar con él un desafío ú otro conflicto, se retiró á Haran, ciudad de la Mesopotamia. (GEN. XXVII).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Melius est emigrare cum gratia, quam cohabitare cum discordia; melius est abire sine lite, quam cum jurgio residere. S. Ambr. in lib. de Patriarch.

Quidquid separat fratres, infernus appellandus est. S. Hieron. lib. 5 in Osæam.

Si filii Dei vocantur qui pacem faciunt, proculdubio sunt Sathanæ filii qui confundunt. S. Greg. Nazian. Orat. 20.

Contentiones à principio exiles quidem esse solent, et facile curantur; at procedente tempore auctæ, insanabiles omnino evadunt. S. Basil. Orat. 9.

Triumphus demonum est dissensio christianorum. S. Aug. serm. 156 de temp.

Qui jurgia seminant, in uno malo innumera peragunt; quia seminando discordiam, charitatem, quæ virtutum omnium est mater, extinguunt. S. Greg. lib. 9 Moral.

Numquam servari concordia, nisi per solam patientiam valet. Idem lib. 21 in Job.

Laqueus est mortis implicatio litis. S. Chrysolog. serm. 55.

Qui ab unitate dividitur, ne dubites quin ab eo recesserit spiritus vitæ. S. Bern. serm. de S. Michael Arch.

Væ homini illi, per quem unitatis vinculum turbatur. Idem serm. 20 in Cant.

Más vale separarse con armonía que vivir juntos en discordia: más vale separarse sin mover pleitos, que conservar una compañía con la cual hay desavenencia.

Todo lo que es causa de discordia entre hermanos, puede llamarse instrumento del infierno.

Si los que traen la paz se titulan hijos de Dios, los que la hacen desaparecer con razon se tienen por hijos de Satanás.

Las discordias, como que en un principio suelen provenir de cosas frívolas, fácilmente se desvanecen; pero si el tiempo las fomenta y arraiga, es casi imposible ponerles término.

Las discordias entre cristianos son el verdadero triunfo de los demonios.

Los que siembran la discordia, cometen muchos pecados en uno solo; porque con su conducta matan la caridad, que es madre de todas las virtudes.

La concordia no puede conservarse intacta, sino por medio de la paciencia mútua.

El que se mete en altercados se enreda en un lazo mortal.

No dudes de que el espíritu de vida desaparece al romperse el lazo de union.

¡Ay de aquel por cuya causa se rompe el vínculo de la union!

Os diaboli est seminatoris discordiæ os. S. Bonav. serm. 2, fer. 4 Pent. | La lengua del que siembra discordias es lengua de demonio.

Males que la DISCORDIA causa en la familia, véase: FAMILIA.

DISCULPAS.

Quid fecisti? Respondit Saul: Vidi quod populus dilaberetur à me. Dixitque Samuel ad Saul: Stulte egisti.

Dijole Samuel: ¿Qué has hecho? Respondió Saul: Vi que me abandonaba la gente. Dijo Samuel á Saul: Has obrado neciamente.

(I REG. XIII, 14.)

La mayor malicia del corazón del hombre, y la más opuesta á la divina misericordia, es la que revela el hombre, cuando anda buscando diversas excusas para justificar sus pecados. Sin embargo, son muchos los que, á imitación de Saul, cuando Samuel le reprendía por su pecado, procuran atenuarlo, y aún defenderlo con especiosos pretextos. Ponderan el atractivo y la insinuación seductora de los objetos, el colorido y aspecto decoroso que en ciertas ocasiones se imprime en el pecado, la fuerza y violencia de las tentaciones, y la extremada debilidad de nuestra naturaleza, siempre propensa al mal. Estas excusas son indignas de un cristiano. Si para triunfar de nuestras malas inclinaciones y resistir á la tentación, no pudiésemos contar sino con nuestras fuerzas, razón tendríamos para excusarnos; pero conociéndonos el Señor su gracia, todos podemos fácilmente triunfar del pecado de todos los esfuerzos de nuestros enemigos. Para abatir, pues, la soberbia de los que procuran, ya atenuar, ya defender sus pecados con excusas, voy á demostraros, que con los auxilios que se nos dispensan, puede el pecador salir del abismo de la culpa en que está sumergido, puede vencer las tentaciones, y elevarse á la cumbre de la santidad. La gracia divina obra con suavidad y fuerza; los atractivos de su

suavidad bastan para convertir al pecador sumido en el abismo de la culpa, como la fuerza que nos comunica nos basta para resistir á todas las tentaciones. Ved ahí lo que me propongo demostraros, despues de haber implorado los auxilios necesarios. A. M.

1. La primera propiedad de la gracia es la suavidad, porque procede inmediatamente del corazón de Dios, y es el término del amor más puro que nos profesa. Hé aquí la conducta que con nosotros sigue, muy distinta de la que siguen comunmente los vencedores. Para triunfar de nosotros, parece que, de algun modo, se nos sujeta. No os ofendais de este término; que en nada deroga, como lo vereis, ni á la dignidad, ni aún á la fuerza de la gracia, y solamente significa su suavidad. Parece, digo, que se nos sujeta. ¿Cómo? Vedlo aquí: porque nos aguarda, hasta sufrirnos años enteros. Toma los tiempos oportunos; y con una condescendencia sobre todo nuestro reconocimiento, atempera las ocasiones para ganarnos. Por más interés que tengamos nosotros en solicitarla, siempre es ella la primera en prevenirnos. En lugar de arrancar de nosotros con violencia lo que quiere conseguir de nosotros, nos los pide; y en lugar de pedir con imperio, no lo hace sino solicitando y convidando. No, no pide, dice S. Próspero, sino por tener ocasión de darnos; y nos pide poco por darnos mucho. Se acomoda con nuestras inclinaciones, con nuestros talentos, con las calidades de nuestras almas, y, muchas veces, del modo que explicaré, con nuestras imperfecciones y flaquezas. No nos empeña en cosa dificultosa, en que no nos haga hallar atractivo, ni de que, á pesar de nuestras repugnancias, no excite en nosotros el deseo. No nos obliga á despreciar los bienes de la tierra, sino á la proporción con que nos muestra su nada. No nos hace emprender cosas grandes por Dios, sino imprimiendo en nosotros una alta idea de sus perfecciones y de los premios que nos promete. No nos inclina á renunciarnos y aborrecernos á nosotros mismos, sino haciéndonos convenir, por la confesión de nuestros propios desórdenes, en que esta abnegación es justa, y en que este aborrecimiento está bien fundado. Tal es, amados oyentes, el modo con que procede la gracia, esto es, con suavidad. Escuchadme, y repitamos todos los puntos propuestos por su orden en que hallareis abundantemente vuestra instrucción y el provecho de vuestras almas.

Digo, que muchas veces la gracia aguarda á los pecadores, hasta cansar la paciencia de Dios. ¿Cuántos pecadores tercios han cansado á Dios, han ultrajado su bondad, han irritado su indignación, y á fuerza de amontonar pecados sobre pecados, recaidas sobre recaidas,